

«su derecho de establecer los reyes, importa que el Papa y la ciudad romana con el consejo de sus señores elijan un príncipe que asea digno de la soberanía por su prudencia y buena conducta: recuerdan además que el imperio no es sino un feudo de la ciudad eterna<sup>1</sup>. Insiguiendo este testimonio, es indudable que Roma confería la dignidad real con derecho de nombrar ó desposeer, de acuerdo con sus señores, á los reyes del imperio germánico, y este derecho se reconoce paladinamente, y su ejercicio se invoca en una circunstancia solemne por los hombres mas interesados en negarla, si negarla fuese posible<sup>2</sup>.»

Hé aquí varios extremos que deben tenerse presentes, so pena de desbarrar á cada paso, tratando de la conducta de los Papas en la edad media, y en especial de Gregorio VII.

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy con toda la efusion de mi alma por haber salvado al mundo, salvando á la Iglesia valiéndoos de san Gregorio y otros Santos que enviásteis para atajar los escándalos: concedednos un gran celo por la justicia.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, rogaré á menudo por el Sumo Pontífice.

<sup>1</sup> Proponunt deinde imperium esse beneficium urbis æternæ. (*Avent.*).

<sup>2</sup> *Vida de Gregorio VII*, introduccion.

LECCION XXXVI.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.

(SIGLO XI, CONTINUACION).

La Iglesia consolada: fundacion del monasterio del gran San Bernardo; establecimiento de los Camaldulenses; san Romualdo. — La Iglesia atacada: Berengario; — defendida: Lanfranco, arzobispo de Cantorbery; — afligida: Miguel Cerulario; los musulmanes.

La Iglesia durante el siglo XI puede con verdad decir á su divino Esposo: Medido habeis mis consuelos por la extension de mis padecimientos. En efecto, si copiosas lágrimas corrieron de los ojos de esta Esposa querida, Dios cuidó de enjugarlas suscitando infinitos varones de una eminente santidad: pocos siglos ofrecen mas Santos que este en el episcopado ó en el trono, y ciñéndonos solo á los reyes, tenemos á san Enrique, emperador de Alemania, á san Oloa, rey de Noruega, á san Estéban, de Hungría, y su hijo san Emérico; á san Canuto, de Dinamarca, y á san Ladislao, de Bohemia. Ahí están para dar testimonio á los venideros de que la Religion fué tan poderosa para formar Santos en aquellos tiempos calamitosos, como lo es en las épocas mas bonancibles.

Otra cosa patentiza la lozania y fuerza vivificante de esta Iglesia inmortal, y es que el cuidado de curar sus llagas no le impidió atender á las necesidades aun corporales de sus hijos. En la propia época aparece uno de aquellos asombros de caridad que descubren cuanto hay de divino en la virtud del Cristianismo, y cuanto de maternal en las entrañas de la Iglesia católica. Vivía en Saboya á principios de este siglo un caballero nombrado Bernardo de Menthon. Oriundo de una familia ilustre, pasó sus primeros años en la inocencia, y habiendo llegado á la edad competente, desechó todo empleo terreno para consagrarse al servicio de Dios abrazando el estado eclesiástico, cuyas obligaciones cumplió con singular exactitud. Por espacio de cuarenta y dos años predicó con celo infatigable, desterrando doquiera la supersticion y la ignorancia, y sabedor de



que en un monte vecino se daba culto á una famosa estatua de Júpiter, fué allá no sin hartas dificultades, y derribó el simulacro, desmintiendo, nuevo Daniel, á los sacerdotes de aquella pretendida deidad, los cuales pronunciaban sus oráculos, segun entonces se averiguó, desde el hueco de una colina. Al momento, en aquel propio sitio consagrado á crueles supersticiones mandó erigir un monasterio y hospicio al que dió su nombre, siendo este el origen y fundacion del convento del gran San Bernardo.

Situado en la cumbre de los Alpes, tiénese por el punto mas culminante del antiguo mundo donde el hombre haya osado fijar su mansion. Notable por su aridez, está sujeto á seis meses de rígido invierno, durante el cual nieva en aquel lugar tan copiosamente, que sin embargo de que está muy alta la puerta del convento, hay que abrir gradas en la nieve para poder bajar ó subir. El suelo es peñascoso, por no decir roca viva, y apenas queda descubierto tres meses en el año, no siendo raro ver formarse ya en agosto gruesos témpanos de hielo, y helarse enteramente en setiembre la lagunilla que hay al pié de los riscos donde está labrado el convento, la cual de entonces mas, hasta el próximo junio, sirve de tránsito á los caminantes. Súfrense tambien allí récios sofiones, pues embocándose los vientos entre dos gargantas, soplan con violento ímpetu arrebatando á veces tales masas de nieve que oscurecen la atmósfera, sin contar las continuas nieblas y nubarrones que apenas permiten distinguir los objetos á corta distancia. Por de contado que en aquella altura ni aun buen trecho mas abajo no crece el menor arbusto, y nada absolutamente se coge en las inmediaciones del edificio, de suerte que todos los artículos deben subirse de los valles vecinos, y hasta la leña, de que se hace un consumo cuantioso, es trasladada en acémilas desde cinco leguas de distancia por senderos escabrosísimos, apenas practicables durante el breve espacio de seis semanas.

En esos sitios horribles, y en un paraje tan olvidado de la naturaleza, es donde la caridad cristiana congregó algunos hombres, los cuales llevados de sublime abnegacion consagran su vida á acoger, socorrer y auxiliar á aquellos de sus semejantes que por azar, necesidad ó desgracia llegan á su monasterio; y adviértase que se calculan á mas de quince mil los viajeros que durante el año transitan por el monte San Bernardo. Ahora bien, cuando tras mil fatigas y riesgos se llega á la cumbre de la temida montaña, júzguese ¡qué

dulce emocion causa encontrar una vivienda humana en lugar tan árido y escabroso! Y cuando al penetrar en el monasterio se ven unos hombres revestidos del santo sayal que reciben á todo viniente con muestras del mas simpático interés, y se apresuran á restaurarle, calentarle, proporcionarle los auxilios que su situacion exige, todo ello realzado con las formas de una amable urbanidad, y con los delicados y generosos procederes de la caridad cristiana, entonces una religiosa veneracion invade el espíritu, para confundirse á un tiempo con la admiracion, la ternura y la gratitud.

Allí es donde la Religion mantiene y patentiza en sus obras aquellos sentimientos de verdadera *fraternidad* que deben enlazar á los mortales; allí se admiten igualmente todos los extraños sin distincion de países, estado, sexo ó religion, siendo las necesidades de la humanidad el primer título para sus beneficios hospitalarios, sin que por esto descuiden las atenciones debidas al mérito, á la clase ó á la dignidad de las personas.

No se limitan sus generosos beneficios á dar buen acogimiento dentro del hospital, sino que salen al encuentro de los viandantes, anticipándose á las necesidades que por el camino les puedan sobrevenir. La masa de nieve que por la noche se amontona en los caminos, el huracan que á torbellinos la arrebatata, las nieblas, las avalanchas y el rigor del frio son causantes principales de las grandes fatigas que allí se padecen, así como del peligro y acaso del extravío de los caminantes. Para socorrerles, un robusto mozo, sostenido exclusivamente á este fin, llamado el *costañero*, cada madrugada desde noviembre á mayo recorre gran parte de la montaña llevando provision de pan y vino para restaurar á los extraviados, á quienes aguarda en cierto punto y hasta cierta hora, y en caso necesario les socorre, les abre camino, y les guia al monasterio. Aunque este empleo es muy peligroso, para que se vea la señalada proteccion de la Providencia, no hay memoria de que ninguno de los *costañeros* haya sido víctima de su arrojo. Para mejor llenar su cometido, suelen acompañarse de uno ó dos grandes perros adiestrados á orillar el camino por entre la nieve y al través de las nieblas, barrancos y precipios, y á descubrir á los caminantes que andan perdidos. Si tal vez á la hora fijada este mozo no está de vuelta, otros salen á descubrir terreno; y cuando ni éstos bastan á socorrer los necesitados, al menor aviso de cualquiera de ellos salen los mismos religiosos, corriendo al través de la nieve, apoyados en récios chu-



zos, para prestar toda especie de auxilios, y esto se repite cuantas veces ocurre peligro, ya sea por advertirlo los mozos, ó por anunciarlo algun viajero bastante robusto para trepar solo hasta el monasterio.

Si hallan algun pobre detenido en su camino, alientanle aquellos buenos Padres, ábrele un sendero echando el resto de su esfuerzo, le conducen, y aun si conviene alternativamente le llevan en hombros. Á veces los caminantes ateridos por el frio y rendidos de fatiga se obstinan en querer descansar y recostarse sobre la nieve; pero como este pérfido reposo les conduciria á la congelacion y á la muerte, es preciso en tales casos hacerles violencia, combatir su apatia, y obligarles á andar ó á hacer varios movimientos para que se restablezca la circulacion de la sangre. Los mismos religiosos al objeto de evitar en sí propios tal percance, además del ejercicio extraordinario que hacen, danse con sus chuzos fuertes golpes en las manos y en los piés.

Uno de los accidentes mas siniestros que pueden ocurrir, son las avalanchas que caen rodando desde lo alto, arrastrando en su caida cuanto hallan al paso. Si se presume que hayan causado alguna víctima, mozos y religiosos salen velozmente, provistos de palas y azadones para cavar en la nieve y descubrir á los infelices sepultados en vida. Si no es muy espesa la capa que los cubre, regularmente los perros por el olfato conocen ya el lugar donde están; pero si la nieve es mucha, los religiosos hacen catas por medio de unas varillas de hierro, y en la resistencia echan de ver dónde hay algun cuerpo, y cavando en seguida, ahondando y despejando, muchas veces tienen la suerte de encontrar un resto de espíritu vital en personas que iban á espirar. Recogidas al momento las trasladan al monasterio, y allí por medio de baños, fricciones, vapores y otros auxilios procuran reanimarlas, hasta que quedan fuera de peligro.

Á pesar empero de la vigilancia, actividad y esfuerzos de estos generosos custodios de la vida humana en los Alpes, casi no pasa año sin que haya que deplorar alguna víctima, ya sea de resultas de las avalanchas, ya por extraviarse ó caer exánimes los caminantes; y esto acontece especialmente á los que en horas avanzadas, ó desafiando la intemperie, se obstinan en atravesar el monte sin ayuda del costañero. Los cadáveres que se recogen son trasladados al convento, donde se les tributan honras fúnebres, y despues cubier-

tos con un sudario, quedan expuestos en una casilla cuadrada que hay en lo alto de la peña á cierta distancia del convento, hasta secarse y consumirse lentamente al sereno, pudiendo ser conocidos aun mucho tiempo despues por si algun interesado los reclamare.

Afortunadamente los siniestros son raros, pero lo que sí ocurre con frecuencia es helarse los piés y las manos, á veces sin que se advierta, en cuyo caso los religiosos, como prácticos, léjos de arrimar al fuego á los congelados, procuran restablecerles por otros medios hasta que recobran el calor natural, curándoles esmeradamente, y practicando cuando conviene aquellas amputaciones que se consideran mas indispensables. Con igual ahinco sirven á los enfermos detenidos en el monasterio, proporcionándoles caldos y medicamentos, que les ministran por sus manos, velándoles por las noches, y prestándoles con sumo cariño los oportunos auxilios temporales y espirituales. Hay enfermos que pasan allí meses enteros, durante cuyo tiempo todo se les proporciona gratis; pues tal es la regla á favor de cuantos transitan por aquellos sitios.

Las restantes ocupaciones de los religiosos consisten principalmente en el rezo canónico y oficios que celebran con notable regularidad, á cuyo efecto tienen una iglesia bonita aunque pequeña, donde sorprende ver grandes columnas de hermoso mármol; ejercen además con celo las varias funciones de su santo ministerio, ya en el convento en pro de los viajeros y de los muchos fieles que acuden por simple devocion, ya en varias de las parroquias del Valés que están puestas á su cargo. Algunos tienen además la particular obligacion de ir anualmente cuestando por los valles de la Suiza á fin de subvenir á los gastos de la comunidad y cubrir las numerosas atenciones de su hospitalidad generosa<sup>1</sup>.

¿Cuál es, pues, el espíritu que fundó y sostiene hace ocho siglos un establecimiento, cuyo modelo ó símil en vano buscaríamos en los fastos del mundo? Protestantes, filántropos, ¿es acaso el vuestro<sup>2</sup>?

Entre tanto san Bernardo de Menthon, lleno de dias y merecimientos, falleció en Novara el dia 28 de mayo de 1008 á la edad de ochenta y cinco años.

<sup>1</sup> *Anécdotas cristianas*, pág. 171.

<sup>2</sup> ¡Ah! su espíritu acaba de destruir esta maravilla de la caridad. ¡Bien se conoce el árbol por sus frutos!



La abnegacion heróica de los religiosos del San Bernardo era una condigna expiacion de los desórdenes que habian afligido á la Iglesia; pero desgraciadamente rayaban éstos tan alto, que al parecer necesitábanse aun mas víctimas para aplacar la ira del cielo y asegurar á la Esposa de Jesucristo un completo triunfo sobre el demonio. Suscitólas el Señor, entre otras, en la persona del insigne san Romualdo, fundador de los Camaldulenses, congregacion insigne sobre las demás religiosas que son el orgullo de la Iglesia, el ornamento de la vida monástica y el asombro del mundo cristiano por la austeridad de sus prácticas y la santidad de su vida. Los dignos religiosos que la componen, observan cuanto hay de mas áspero y severo en la vida monástica y en la cenobítica, habiendo abrazado la penitencia y las mortificaciones de ambos estados, sin ninguna especie de lenitivo.

Fundó, como hemos dicho, esta Orden san Romualdo, de la ilustre alcurnia de los Duques de Ravena, nacido en la ciudad de este nombre el año 956. Vivió estragadamente en sus mocedades, bajo el doble estímulo de su alta posicion y de las riquezas que le permitian satisfacer sus menores antojos; pero Dios, teniéndole aparejado para ser uno de los consoladores de la Iglesia y el instrumento de la conversion de gran número de cristianos, no le abandonó en tan resbaladiza pendiente, y á favor de remordimientos saludables conturbó su alma y le predispuso á la penitencia.

¡Oh abismo de misericordias! un nuevo exceso fué la ocasion que Dios utilizó para romper los lazos que oprimian á Romualdo: su padre Sergio tuvo cierta contienda con uno de sus deudos, y habiéndole desafiado, exigió que su hijo le asistiera en tan odioso lance. El jóven, asombrado á semejante proposicion, negóse al principio; pero como su padre insistiese hasta amenazar desheredarle, convino en mediar como testigo. Sergio mató á su adversario; pero nuestro jóven, que á la sazón tendria veinte años, sobrecogido de horror considerándose á sí mismo reo de aquel homicidio, corrió á expiarlo en un vecino monasterio, sujetándose á una penitencia de cuarenta dias. Las inspiraciones que allí recibió le movieron á dejar el mundo y vestir el hábito religioso.

Despues de pasar siete años en esta santa casa, se retiró á las cercanías de Venecia bajo la direccion de un venerable ermitaño llamado Martin, cuyo ejemplo le hizo perfecto en la práctica de todas las virtudes monásticas. Su padre, movido igualmente de la gracia, se

retiró á otro monasterio, y despues de larga penitencia murió allí en olor de santidad. Romualdo, á medida que avanzaba, iba creciendo en ejemplar fervor, juntando á las labores corporales mas penosas rígidos ayunos, perfecto recogimiento y asidua oracion, siéndole tan grato este último ejercicio, que se condolia vivamente al ver la tibieza de los demás, diciendo: «Mejor seria rezar un solo salmo con efusion, que ciento con negligencia.»

Habiendo llegado á Italia el emperador Oton III, y héchose públicamente reo de un doble delito, Dios sacó un bien del mal. Era entonces confesor suyo Romualdo, quien echándole en cara la odiosidad de su falta, le impuso una penitencia pública como ella, que el real penitente aceptó con humildad. Las correcciones del confesor hicieron vivísima mella en un favorito del Emperador, cómplice de sus desarreglos, el cual, movido tambien á penitencia, consagró al Señor el resto de sus dias, recibiendo el hábito monacal de manos del mismo Santo; y en breve su ejemplo fué seguido por otros señores de la corte que abrazaron el mismo género de vida á las órdenes de Romualdo. La Iglesia pudo, pues, regocijarse al ver tantos príncipes y jóvenes señores que se desprendían del fausto y la grandeza para consagrarse á Dios en la oscuridad del retiro, cifrando su placer en las prácticas de la mas ardua penitencia, repartiendo el tiempo entre la oracion, el canto de salmos y el trabajo de manos, encargado cada cual de una tarea particular, de modo que mientras los unos cultivaban la tierra, otros ejercian diferentes oficios, ganándose con el sudor de su rostro lo necesario para subsistir.

Cuando Romualdo no supo ya dónde alojar á sus discípulos, construyó varios monasterios, entre los que se hizo célebre el de Camaldoli, sito en la Toscana, cerca de Arezzo, en uno de los valles del Apenino que fué cedido al Santo por cierto caballero llamado Maldoli, de cuyo nombre vino el del monasterio y de toda la congregacion<sup>1</sup>. San Romualdo adoptó la regla de san Benito, añadiéndole nuevas prácticas con la mira de que sus discípulos fueran á la par ermitaños y cenobitas. Vese aun á corta distancia del convento el eremitorio que el santo Fundador hizo labrar, en la falda de un cerro poblado de abetos y fecundado por varios arroyos, cuya sola vista infunde el espíritu de recogimiento y de oracion. Contigua al propio edificio hay una capilla dedicada á san Antonio, que está siem-

<sup>1</sup> Camaldoli, es contraccion de Campo-Maldoli.



pre abierta cual avanzado centinela en la frontera de aquel terreno sagrado, á fin de que todo profano se purifique con la oracion antes de llevar adelante sus pisadas. Hállanse de paso las celdas de los porteros, y un poco mas adelante desplégase la magnífica fachada de un gran templo con su campanario sobre la puerta, cuyos ecos sonoramente se repiten por todo el desierto. La celdilla que el Santo habitaba durante las obras está á mano izquierda de la iglesia: las de los monjes son todas de piedra labrada, cada cual con su jardinito y oratorio, donde los religiosos pueden celebrar si quieren. Siendo allí el clima excesivamente riguroso, se les permite tener lumbré para calentarse; y todos ellos dependen de un superior á quien dan el nombre de *mayor*. Todo el eremitorio está rodeado de una cerca que sirve de vallado á los reclusos, los cuales pueden pasear por el bosque que hay dentro de ella. Cuanto necesitan se les envia del monasterio, situado en el valle, al objeto de que ningun cuidado pueda distraerles de sus contemplaciones. Diariamente se reúnen en la iglesia para rezar en comun los oficios divinos, sea cual fuere el tiempo que haga, sin hablarse jamás en los sitios regulares, y guardando silencio absoluto en la Cuaresma, en domingos y fiestas, viernes y otros dias de abstinencia, y todo el año desde la hora de Completas hasta la de Prima siguiente. ¡Qué consuelo, repetimos, para la Iglesia, ver á aquellos hombres viviendo como ángeles en un cuerpo mortal! ¡Qué poderoso estímulo para arrancar á los pecadores del amor de las criaturas! ¡Qué contrapeso, en fin, para los delitos del mundo, tantas virtudes y maceraciones cumplidas por unos particulares que fueron ricos y podían disfrutar de todos los placeres de la vida!

Esta Orden ha producido gran número de Santos é ilustres personajes, y de ella salió en nuestros dias el papa Gregorio XVI, cuya firmeza, prudencia, solicitud y alta sabiduría han sido tan útiles á la Iglesia en los difíciles tiempos que atravesamos<sup>1</sup>. Respecto al santo Fundador, sus austeridades siguieron hasta una extremada vejez: vestia sin cesar un tosco cilicio; rehusaba cuanto podia halagar sus sentidos, hasta no querer que le aliñasen las yerbas de que se alimentaba, y si acaso le presentaban algun condimento mejor, decia con calma: «¡Gula, gula! no quiero tocar á eso: ya sa-

<sup>1</sup> Véanse las *Vidas de los Santos de la Orden camaldulense* en italiano por Razzi, 2 tomos en 4.º

«bes, enemiga, que te tengo declarada perpetua guerra!» Murió al fin conforme habia predicho veinte años antes, contando muchos de edad, en el de 1027<sup>1</sup>.

Esos grandes Santos que florecian en el campo fértil de la Religion, la depuracion creciente de las costumbres, la restauracion de la fe antigua con nueva lozanía, hacian estremecer de contento á la sacra Esposa del Crucificado; pero ¡ay! si se le prodigaban tan puros y dulces consuelos, era para mejor disponerla á sobrellevar nuevas aflicciones.

Hirióla entonces en medio del corazón el arcediano de Angers Berengario, atrevido innovador que osó negar la presencia real de Jesucristo en la sagrada Eucaristía. Gritos de indignacion alzaronse de todas partes hasta llegar al cielo, cuya misericordia lanzó un defensor en apoyo del mas adorable de nuestros misterios. Al mismo tiempo Berengario, convicto de error y condenado, retractó él mismo sus palabras muriendo en el gremio de la Iglesia, y exhalando en la hora amarga estas lamentables exclamaciones: ¡Ay de mí! no dudo que Dios tomará en consideracion mis lágrimas para perdonar mis propias culpas; pero ¿me perdonará las que hice cometer á los demás? ¿Acaso las almas que yo perdí no me aguardarán en el tribunal del supremo Juez para reclamar mi condenacion? En medio de estas perplejidades falleció. ¡Qué ejemplo mas propio para retraernos y darnos una idea tremenda del escándalo!

El gran defensor de la presencia real contra Berengario fué el célebre Lanfranco, arzobispo de Cantorbery. Nació en Pavía de Lombardía; cursó derecho y elocuencia en Bolonia, y habiéndose trasladado á Normandía, fué electo prior del monasterio de Bec, donde abrió su escuela, que en breve fué la mas célebre de Europa. Habiendo propuesto á Berengario una conferencia ó debate para reducirle á la buena doctrina, no quiso aceptar; mas sin cesar por esto el brioso paladin del dogma, escribió contra el heresiarca y le confundió en una obra titulada *Tratado del cuerpo y sangre del Señor*. Asistió á varios concilios celebrados contra Berengario, y no dejó las armas de la mano hasta que vió el error destruido, y su autor devuelto al seno de la unidad. Fallecido en olor de santidad el dia 28 de mayo de 1089, sepultáronle en su propia iglesia de Cantorbery.

<sup>1</sup> Helyot, t. V, pag. 238.



Otra pesadumbre para la Iglesia vino de Oriente hácia el mismo tiempo: Miguel Cerulario, patriarca de Constantinopla, fomentó las semillas del cisma sembradas por Focio en el ánimo de los griegos; y aunque en esta ocasion fueron reprimidas, pudo ya preverse que la Iglesia griega, colgada apenas de un hilo de la latina, no tardaría en romper este débil vínculo que la unia con su Madre: deplorable cisma que sin embargo no se consumó hasta mucho tiempo despues, segun veremos. Mayores y nuevos tormentos causaban á los cristianos de Egipto y Palestina los musulmanes, cada dia mas pujantes, afligiendo de rechazo á la Iglesia<sup>1</sup>; pero en cambio otro pueblo se disponia á consolarla.

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber velado sobre nuestras necesidades espirituales y corporales: hacednos la gracia de que tiernamente amemos á la Iglesia, la cual dió origen á tantas y tan provechosas Órdenes religiosas.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mi mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *seré bueno para con los pobres extraños.*

<sup>1</sup> Fleury, lib. LVIII y sig.

LECCION XXXVII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.

(SIGLO XI, CONTINUACION).

La Iglesia consolada é indemnizada: conversion de los húngaros; — afligida: guerra de los señores; — consolada: tregua de Dios. — La Iglesia atacada: sarracenos en Oriente, África é Italia; — defendida y consolada: Cruzadas; establecimiento de los Cartujos.

Para consolar á la Iglesia é indemnizarla de las pérdidas que le ocasionaron la herejía de Berengario, el cisma de Miguel y la invasion de los musulmanes, hemos dicho que Dios iba á concederle un pueblo nuevo: volvamos en efecto las miradas al Norte de Europa, pues tambien de allí procede, siguiendo el curso de las conquistas que desde varios siglos granjearon á la Iglesia aquellas dilatadas regiones, habiendo empezado los polacos, seguido los normandos y los rusos, hasta llegar esta vez los húngaros. Si, los hijos de aquellos hunos tan espantables que á las órdenes del fiero Átila estremecieron al universo en el siglo vi, van ahora á convertirse en mansos corderos bajo el cayado del divino Pastor <sup>1</sup>. Para todo hombre ilustrado, la conversion de los húngaros, al igual que la de los demás pueblos del Norte, es un milagro de primer orden que de sí solo prueba la divinidad del Cristianismo.

Comparables á los normandos en barbarie, los húngaros los sobrepujaban tal vez en crueldad, pues comian carne cruda, bebían sangre, y cortaban á pedacitos el corazon de sus prisioneros para comerlo como remedio <sup>2</sup>: siguiendo los pasos de Átila, asolaron varias veces la Alemania, la Italia y la Lorena, dejando por todas partes sangrientas huellas de su horrenda crueldad; abrasaban las iglesias, inmolaban á los sacerdotes cabe los altares, y se llevaban cau-

<sup>1</sup> Véase José Assemani, *Coment. in Calend.*; Deguignes, *Historia general de los hunos.*

<sup>2</sup> Fleury, lib. LIX, XXXIII.